



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Contaduría y Administración



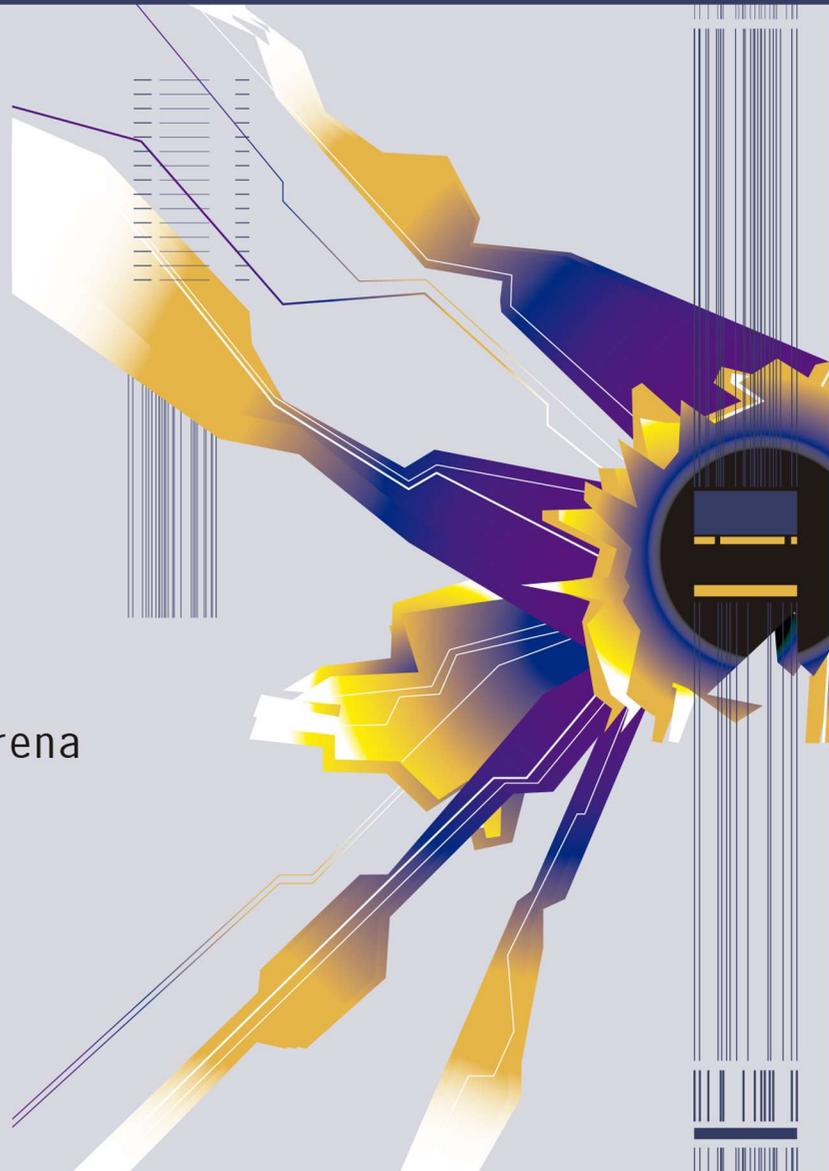
Sobre la ética del escritor

2

Juan Manuel Silva Camarena

Publicaciones Empresariales
 **UNAM**
FCA Publishing

COLECCIÓN CUADERNOS SOBRE INVESTIGACIÓN



Presentación

La continuación de esta serie titulada *Cuadernos sobre investigación* ofrece al lector, investigador o no, el trabajo titulado *Sobre la ética del escritor*, presentado por el maestro Juan Manuel Silva Camarena, primeramente como conferencia en el marco del Quinto Encuentro Editorial “De las ideas al libro”, organizado por esta Facultad, como parte de los esfuerzos por fomentar la escritura sobre las disciplinas afines a la misma. Esta conferencia, en su versión corregida y aumentada, se integra como parte de esta colección a la que paulatinamente se añadirán nuevos títulos.

Este cuaderno no escatima en redacción precisa, puntual, directa y clara. En un ejercicio de congruencia con el contenido, el autor refleja su maestría en el uso de las palabras pues, como él mismo indica, el hombre es un ser de palabras, palabras que reflejan realidades, dan cuenta y razón del ser de las cosas.

Se presenta un círculo virtuoso del arte de escribir; una suerte de ciclo vital en el ser humano que primeramente es un ser pensante y al mismo tiempo hablante; un ser que lleva ese pensamiento y palabras a la escritura para que otros lo lean, que encuentren en la lectura un abrevadero de conocimiento que genere más pensamiento, más palabras, más escritura y en consecuencia más lectura en un círculo que habría de perpetuarse. Todo este ciclo en un marco de ética y respeto que el autor resume en una frase contundente: “aprender a amar las buenas ideas de los demás y al mismo tiempo aprender a amar tus propias ideas como a ti mismo”. Con esta frase se pone énfasis en que el respeto a las ideas ajenas es un acto de amor y admiración por el que las escribe; por tanto, exige su reconocimiento para no caer en el plagio, actividad considerada por Silva Camarena como una enfermedad del oficio de escritor.

Así, este nuevo cuaderno continúa con una aportación seria y consciente para la reflexión sobre la investigación y su orientación ética que, aunada al marco de respeto irrestricto a la actividad investigativa, permite el desarrollo del conocimiento en nuestras disciplinas.

Juan Alberto Adam Siade
Director de la Facultad de Contaduría y Administración
de la Universidad Nacional Autónoma de México

Sobre la ética del escritor

Juan Manuel Silva Camarena

Amigos queridos me han pedido hablar de la responsabilidad ética del oficio de escribir.¹ La vocación del escritor consiste en atrapar la realidad palabra por palabra. No importa la cantidad de esfuerzos y sacrificios que haya que hacer para lograrlo. Y así se responde éticamente al llamado vocacional escribiendo bien. Cuando este quehacer privilegiado se hace bien es posible ofrecer al lector un trozo de realidad de modo fidedigno. Este compromiso del escritor lo vincula solidariamente consigo mismo, con la verdad y con los demás. Veamos de qué modo las palabras nos cuentan estos hechos.

I

El hombre es el ser de la palabra

Es cosa bien sabida, pero de importancia extraordinaria: donde hay hombres, se trata de seres que hablan. Si hablan, seguro que tienen cosas que decir. Y esto no es cualquier cosa. Si no hubiera seres humanos no habría palabras, y nada sería real, porque sin palabras las cosas no pueden aspirar a convertirse en realidad ni pueden lograrlo en modo alguno. Ellas quedan sin ser. La palabras, es cierto, no les da el ser, pero al hablar de ellas hace patente que son. Al hablar y pensar conocemos y reconocemos el ser de lo que existe. Este reconocimiento expide el acta de su existencia. Un escritor de libre imaginación puede hablar y escribir de cosas que nunca han existido, sobre la base de lo que realmente existe. Lo esencial es que si no fuera posible hablar, tampoco habría cosas de las que pudiera hablar. Cuando hablamos damos fe de que existen e intentamos decir lo que son. Sin palabras, no hay nada.

Al hablar de la sonoridad de la poesía Eduardo Nicol nos permite ver que sin los seres humanos la materia cósmica sería atterradoramente silenciosa. No estaría presente esa parte del ser que habla del ser y al hacerlo produce sonidos. El universo se vuelve sonoro con las palabras de todos los días, y con la musicalidad de la poesía² las palabras

¹ Texto aumentado y corregido de la conferencia del mismo título dictada en la Facultad de Contaduría y Administración de la Universidad Nacional Autónoma de México el 3 de junio de 2015 en la inauguración del Quinto Encuentro Editorial. "De las ideas al libro. Porque escribir es algo serio..."

² Cf. Eduardo Nicol, "El origen sonoro del hombre. Musicalidad de la poesía", en su libro *Ideas de vario linaje*, presentación de J. González, E. Hültz y J. M. Silva Camarena, México: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1990; también aparece en el cap. IV de su libro

pueden luego volverse canto, haciendo posible el mundo extraordinario de la música. En el mundo hay una multitud de sonidos que se emiten por todas partes, de día y de noche, aquí y allá, y esos sonidos *dicen cosas*; sólo hay que escuchar los sonidos de las lenguas del mundo, y pensar que ellas anidan significaciones sin fin. Es algo increíble.

Los sonidos se articulan y se forman palabras, las ideas se encadenan y nacen pensamientos. Los pensamientos son palabras; las palabras son pensamientos. Si desapareciera el hombre, nadie tendría la palabra, nadie la pediría, nadie podría darla ni recibirla; no habría razón alguna, y se habría producido el ocaso de lo humano, debido a que nadie podría darla ni recibirla; no se produciría el silencio que en verdad importa, pues no habría quien se quedara callado. Porque existir es estar ahí, frente a alguien, con la opción mutua, quizá irrealizable, de hablar, de conversar. Nada más con la presencia del interlocutor se adelanta un poco la experiencia extraordinaria del diálogo, de la palabra que pregunta y la palabra que responde. Se adivina el goce de hablar el uno con el otro que hace posible la existencia compartida. Sin palabras nadie diría nada, nadie entendería nada, no habría nada que decir.

Otros milagros acompañan al principal misterio de la palabra, que es el de su relación con la materia.³ El cerebro humano y las funciones biológicas que sirven para eslabonar ideas y articular sonidos serían completamente inútiles sin la presencia —muy digna— de quien enseña y de quien aprende. Sean cual fueren los recursos didácticos con los que pueda contar el hombre aprende y enseña a hablar, aprende y enseña a pensar, aprende y enseña a escribir. Las madres enseñan a articular palabras, mientras los maestros enseñan a hablar y escribir bien. La naturaleza de la biología humana permanece dispuesta a transformarse constantemente en mundo humano.

Sin embargo, cuando alguien aprende a hablar nadie debiera atreverse a decir que ha nacido un orador; y cuando alguien aprende a escribir, tampoco debe afirmarse que ha nacido un escritor. Y cuando alguien aprende a pensar, relacionando una cosa con otra, ¿es lícito creer que nace un pensador? ¿Qué es un orador? ¿Qué es un escritor? ¿Qué es un pensador? ¿Quién como Demóstenes, para intentar —aunque fuera en vano— convencer a los atenienses del peligro que para Atenas representaba Filipo II de Macedonia? ¿Quién como Cervantes, para contrastar el mundo chato del sentido común de Sancho Panza con la excitante utopía de Don Quijote? ¿Quién como Sócrates, para enseñarnos a gestar conocimientos en el diálogo de unos con otros? Todos somos oradores, todos somos escritores, todos somos filósofos. Esto es cierto, pero a medias,

Formas de hablar sublimes: poesía y filosofía, prólogo de Josu Landa, México: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2007.

³ Cf. E. Nicol, *La revolución en la filosofía. Crítica de la razón simbólica*, México: Fondo de Cultura Económica, 1982, cap. X.

porque en todo caso hace falta el coraje suficiente para cumplir los empeños de una vocación.

Todos hablamos. En verdad, no paramos de hablar. Con nosotros mismos y con los demás. Y sin embargo, pocas veces nos ponemos a hablar de nuestra naturaleza parlante. Somos habladores y hombres de palabra, para todo hablamos, hablamos de todo y de todos. Hasta quedándonos callados podemos decir cosas. Pero a menudo nos hacen falta palabras para decir lo que en verdad quisiéramos decir, lo que sentimos, lo que en realidad importa.

En su relación normal con el mundo el hombre habla, lee y escribe. Pero frecuentemente habla para subsistir, para servirse del mundo. Entonces su palabra es práctica, es útil para aprovecharse de las cosas y las personas. Para ganar, convencer, conseguir, alcanzar, lograr... ¿Acaso tiene palabras más contundentes para declarar la guerra que para declarar su amor? ¿No cuenta con palabras sublimes para hablar de cosas de esta misma naturaleza? ¿No es capaz de hablar con los sonidos de un piano o un violonchelo? Pero la voz y la palabra prácticas son algo común, son propiedad de todos y de nadie. Son de todos y de nadie en particular. La usa el que quiere y como quiere; sobre todo el que quiere, el que necesita algo. El cazador que acosa y atrapa a la presa que persigue; el que desea seducir, el que revisa el menú para elegir lo que quiere comer; quien hace la parada al camión y se sube para transportarse de un lugar a otro. Todos los días, para una cosa y otra. El ser humano pasa una gran parte de su vida en situaciones así apalabradas.

Pocas formas de acción humana son más o menos silenciosas, como la del campesino pensativo que siembra la semilla y recoge el fruto; la de quien desanuda las agujetas para quitarse los zapatos e ir a la cama; la de quien aplasta la uva con pies o manos para obtener vino; la del que amasa el pan para la horneada que sigue; la del que se viste de astronauta y viaja al espacio sideral; la de quien se viste de negro y ensimismado dirige sus pasos a un funeral. En suma, y para decirlo de un jalón, el que necesita algo y averigua cómo, dónde y cuándo puede conseguirlo. Ese es el hombre práctico que todos somos; que pocas veces dejamos de serlo.

II

El hombre es un ser ético

Si el hombre es el ser de la palabra, es obvio que hablar es un acto de vital importancia. En principio, todo ser humano puede apelar a la sabiduría aristotélica para definirse a sí mismo como un animal racional. Sin embargo pocos han rebasado este nivel para averiguar qué es lo que el griego quiso expresar con ella.

Según Aristóteles, el hombre está dotado de *lógos*, que complejamente significa al mismo tiempo razón y palabra. Este destacado discípulo de Platón escribió un —después muy famoso— libro titulado *Política*, donde asegura que el ser humano es un *animal político* (*zoon politikón*) porque está dotado de *lógos*.⁴ Pero algo tuvo que haber pasado para que esta otra frase se repita aisladamente, sin incluir la idea que la completa: ¡somos animales políticos, dotados de razón y de palabra para poder hablar del bien y del mal, para poder hablar unos y otros *de lo que está bien y de lo que está mal, de lo justo y de lo injusto!*⁵ Aristóteles no dice en ese pasaje más cosas al respecto, y para averiguar más sobre el asunto el lector tiene que dirigirse a su *Ética a Nicómaco*.⁶ Sin embargo, es posible imaginar lo que este griego estaba pensando: si el hombre es un *animal político*, es porque se trata de un *animal ético*, un ser moral.

En la expresión del pensador peripatético el adjetivo animal se usa en el sentido biológico de un ser orgánico que vive, siente y se mueve por sí mismo. Pero como este filósofo advierte con claridad el hecho de que no se trata de cualquier animal, tiene que pasar a otro género de cosas (*metábasis eis allo génos*, o sea dando un salto a otro género de cosas) para revelar su peculiaridad sorprendente: es un animal que sin dejar de funcionar biológicamente como los demás animales, es un ser especial que habla y piensa, y que al hablar piensa y al pensar habla. En un lenguaje posterior se ha dicho de un modo aparentemente sencillo que se trata a la vez de un ser físico y meta-físico. Este animal, en efecto, sorprende porque habla y piensa. ¿Y para qué piensa y habla? ¿Para hablar de sí mismo y de su entorno? Repitémoslo: para poder decir lo que está mal y lo que está bien, lo que es justo y lo que es injusto. En otras palabras: para poder utilizar, de acuerdo con su naturaleza esencial, un lenguaje moral. Esta sorpresa podría acompañarnos todos los días de nuestra humana existencia.

Respecto a la incertidumbre de si debemos hablar de ética o moral, conviene saber que si hablamos en griego hablamos de ética, y si hablamos en latín hablamos de moral, y estamos diciendo lo mismo. *Ethos* en griego, con *eta*, no alude a una forma de ser característica: el modo de ser de un ente que sorprende por muchas cosas, pero sobre todo porque está capacitado esencialmente para hablar del bien y el mal. Y por tanto, se trata de un ser ético (en latín, moral). En cambio, *ethos*, con épsilon, nada más significa uso, costumbre⁷ (en latín, *mor*, *moris*).⁸ La confusión puede aparecer cuando se considera

⁴ Cf. Aristóteles, *Política*, trad. de A. Gómez Robledo, México: Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana, edición bilingüe griego-español, UNAM, 2000, I, i, p. 4. (1253^a).

⁵ Cf. Aristóteles, *idem*.

⁶ Una traducción de A. Gómez Robledo, en la edición bilingüe de la Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana de la UNAM, apareció en 1954, y una segunda edición en 1983.

⁷ Cf. *Diccionario griego-español*, Barcelona: Editorial Ramón Sopena, 2002, dirigido por Florencio I. Sebastián Yarza.

lo ético (forma de ser) como una mera costumbre, tal como Aristóteles lo propuso, es decir, como la repetición de un acto.⁹ Por otro lado, la tradición ha acreditado el nombre de ética (o filosofía moral) para las reflexiones filosóficas sobre la moral, y este mismo nombre de moral se ha mantenido para las acciones que pueden calificarse como moralmente buenas o malas.

Entre los romanos que se lamentaron de no poder decir correctamente en latín lo que los filósofos griegos —obviamente— dijeron en griego, destaca la figura de Séneca. Este pensador ejemplar del estoicismo, que como otros adoptó la tarea socrática de averiguar cuál es la mejor manera de vivir, se queja en una de sus Epístolas a Lucilio de la penuria de la lengua latina.¹⁰ Y no sabemos si él mismo pudo notar que la palabra *ethos*, con épsilon, significa uso, costumbre, y que por este hecho lo enteramente peculiar y sorprendente de un animal ético quedó reducido a una conducta que por el mero efecto de la repetición se convertiría en una costumbre (buena o mala), la misma que al paso del tiempo y tal vez sin que nadie pudiera oponerse podría adquirir el rango inamovible e inexorable de un precepto.

Así se origina el malentendido —que en parte está bien entendido— de que la moral es cuestión de normas, principios, mandatos y consejos, descuidando el hecho de que se trata de algo de mayor profundidad e importancia. Somos morales porque hablamos del bien y el mal, por supuesto, pero hablamos de esto *porque actuamos bien y mal*. Y esto es así porque la educación (*paideia*) moral aprovecha la naturaleza ética de nuestro ser (*ethos*, como modo de ser) para enseñar lo que no y lo que sí debe hacerse mediante esas normas, principios, mandatos y consejos respetando y en el mejor de los casos promoviendo nuestra libertad de elección. Puesto que el hombre es el ser del sentido, como ha señalado Nicol, le es imposible permanecer indiferente¹¹ frente a lo que está bien y lo que está mal en las acciones de los demás y en sus propias acciones, se ve obligado constantemente a tomar decisiones.

⁸ Cf. Vicente Salvá, *Nuevo Valbuena o Diccionario latino-español: formado sobre el de Don Manuel Valbuena*, París: Librería de Don Vicente Salvá, 1840.

⁹ Cf. Aristóteles, *Ética nicomaquea*, introducciones de T. Martínez Manzano y Tomás Calvo Martínez, trad. y notas de Julio Pallí Bonet y Tomás Calvo Martínez, Barcelona: Gredos, 2007.

¹⁰ L. A. Séneca, *Obras completas*, trad. de Lorenzo Riber, Madrid: Aguilar, 1957, libro VI, carta LVIII, pp. 536 y ss.

¹¹ Cf. E. Nicol, *Metafísica de la expresión*, México: Fondo de Cultura Económica, 1957, cuarta parte, cap. noveno, §35.

III

El hombre escribe

Ese hombre práctico que todos llevamos dentro también escribe. Deja recados y notas, y algún día movido quien sabe por qué se pone a escribir un poema o una declaración de amor. Ahí hay algo bueno. Pero también formula, en el lenguaje diplomático, intrigas internacionales y hasta resoluciones definitivas que funcionan como un *ultimátum*. Aquí está algo malo. La guerra es algo malo, digan lo que digan los guerreros y los belicistas, los fabricantes de armamentos y los que ven enemigos por todos lados. Si fuera cierto que la vida es una verdadera lucha, lo sería para que hubiera paz permanente.

El hombre puede escribir de todo. Ha escrito, por ejemplo, sobre la guerra;¹² escribe, por ejemplo, un diario, unas memorias, leyes y juicios, una bitácora, un *vademecum*, un testamento. Escribe historia e historias. O escribe —a menudo muy mal— las instrucciones para usar correctamente los artefactos, los medicamentos, los productos de las empresas. Pero el hombre práctico en realidad escribe poco. Debido a que es natural hablar, pero no es tan natural escribir, a pesar de que la escritura ha sido considerada como el comienzo de la historia. Escribir no es fácil: todos lo descubrimos cuando nos enfrentamos a la hoja en blanco. Es curioso que no se haya inventado un nombre especial para este estado inhibitorio parecido al miedo o pánico escénico. Como éste, que surge frente al público, particularmente si llena por completo un auditorio, una hoja enteramente en blanco paraliza el ánimo y produce una fuga inmediata de ideas. ¿Qué voy a decir? ¡Qué voy a decir!

El hombre práctico es más un actor —que habla y habla—, que un autor. El actor habla y actúa. Muchos se sienten hombres de mundo porque no tienen miedo de tomar la palabra inopinadamente. En política se prefieren los actos que las palabras. Los políticos son prácticos, pero hablan mucho y hacen poco. Y lo que hacen no está muy concertado con lo que dicen. Ciertamente para el hombre práctico es mil veces más fácil decir las cosas y hacerlas, que escribir sobre lo que dice y hace.

Hay de todo. Algunos quieren dedicarse a escribir, porque se sienten más cómodos escribiendo que hablando. Otros quieren hacerlo puesto que mucho o poco se ha exiliado a sí mismo del mundo de los prácticos y practicones, de quienes sienten más afinidad por la práctica que por el intelecto. Frente a la acción, una opción natural es ser intelectual. Es un lugar común creer que al mundo del saber y las opiniones bien pensadas pertenecen los intelectuales, a quienes se les da o parece que se les da naturalmente tanto el oficio de hablar como el de escribir. Al parecer tienen muchas cosas que decir —por leídos y

¹² Desde *La guerra del Peloponeso* (siglo V antes de n. e.) de Tucídides hasta el *Tratado sobre la guerra* (1832) de Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz.

escribidos—, y les atrae la escritura como cosa inherente a su forma de vida. En general, a quien se le da el estilo intelectual se aficiona por los museos, ve cine de vanguardia o clásico, asiste a conciertos, y se cuida de estar al día de las publicaciones recientes; en la medida de lo posible habla, piensa y escribe como una persona educada. Hay quien quiere escribir sobre la vida porque ha vivido muy poco. También hay gente que se dedica a dar clases porque es la única manera en la que consigue que todos le pongan atención; quienes necesitan atención también pueden volverse escritores. Jaime Sabines se refiere a una clase muy especial de escritor:¹³

Dentro de poco vas a ofrecer estas páginas a los desconocidos como si extendieras en la mano un manojo de hierbas que tú cortaste.

Ufano y acongojado de tu proeza, regresarás a echarte al rincón preferido.

Dices que eres poeta porque no tienes el pudor necesario del silencio.

¡Bien te vaya, ladrón, con lo que le robas a tu dolor y a tus amores! ¡A ver qué imagen haces de ti mismo con los pedazos que recoges de tu sombra!

Ahora cualquiera puede publicar porque el negocio de las publicaciones cuenta con tecnología de punta —así lo dicen— para la impresión de libros. Sin embargo, lo que la naturaleza no da la tecnología no presta.¹⁴ Hace treinta o cuarenta años era común la idea de que los libros los escribían personas que estaban bien enteradas de lo que hablaban. Se tenía la convicción de que los libros eran escritos por hombres fuera de serie que tenían algo que decir. Cuando los estudiantes universitarios encuentran que sus maestros no sólo enseñan sino que también escriben, que son autores, aparece ante ellos una muy atractiva posibilidad: se puede aprender, se puede enseñar, pero también se puede pensar por cuenta propia, investigar, indagar, buscar lo que las cosas son mediante las palabras: “Decimos: la verdad es bella porque consigue exponer el ser. ¿Por qué? Porque la verdad se busca, y se busca con palabras, sólo con las palabras, sin artefactos, ni instrumentos, ni otra suerte de recursos. Se busca hablando y hablando siempre de la misma cosa que se desea ex-poner tal como es en realidad, o sea, tal como es en verdad”.¹⁵

¹³ Jaime Sabines, “Dentro de poco vas a ofrecer...”, de *Diario semanario y poemas en prosa*.

¹⁴ *Quod natura non dat, Salmantica non praestat*, dice el lema de la Universidad de Salamanca.

¹⁵ Eduardo Nicol, “El filósofo, artífice de la palabra”, en E. Nicol, *Ideas de vario linaje*, ed. cit., 12, pp. 201 y ss.

Al intelectual, en todo caso, le gusta ser visto y disfruta mucho del aplauso de seguidores o fanáticos. Habla de todo y no siempre sabe bien lo que dice. La capacidad de hablar bien no siempre corresponde a la de escribir bien. Pero tanto al práctico y como al intelectual les atrae el éxito y la fama que acarrea dinero y posición social. Los intelectuales de café, los que sienten que es un deber moral hablar por las masas, los que han sido llamados intelectuales orgánicos, los que quieren guiar pueblos, los de la propaganda empresarial y política, y los intelectuales trasnochados, son sólo otras especies del mismo género. Algunos se apasionan al escribir para divulgar el conocimiento que otros buscan y alcanzan. El afán de simplificar se advierte en el intelectual del periódico, de la radio y la televisión, que puede hablar bien y escribir bien, convencido de que posee un don especial para poder entender fácil y rápidamente.

Si se tiene dinero, se es de derecha; sin él, se es necesariamente de izquierda, y el intelectual, en cambio, suele estar preparado para lo que venga, puede estar de un lado o del otro; porque en ambos se le puede considerar muy útil. Hay intelectuales que escriben discursos de políticos, rectores y diplomáticos; maestros que escriben libros de texto para facilitar la enseñanza y el aprendizaje; filósofos y científicos de las ciencias sociales (historiadores, politólogos, economistas, psicólogos, lingüistas, etcétera) que igual que escriben libros escriben artículos de periódicos; periodistas que pueden escribir de cualquier cosa y de los acontecimientos del momento. Desde los tiempos de Homero y Hesíodo, y luego de los grandes escritores de la tragedia griega y finalmente los grandes autores de la filosofía y la ciencia y la historia hay quienes escriben para contar cuentos, para narrar historias, para decir cosas, para explicarlas. La palabra nunca podrá quedar en reposo mientras el ser humano tenga cosas que decir.

Hay quienes escriben para ayudar a los demás, revelando los secretos del autodesarrollo, de la autognosis; las fórmulas para ser feliz, para saber de qué modo se puede vender exitosamente uno mismo, cualquier cosa y hasta cosas que no existen; para aprender cualquier cosa y transformarse de perdedor a ganador en pocas lecciones. Existen quienes enseñan a escribir los libros que van a ser los *best seller* de la próxima semana o la siguiente; personas que enseñan a escribir guiones para hacer cine o televisión; agentes especializados en la compra y la venta nacional o internacional de derechos de autor de libros que aún no se han escrito o libros que todo mundo va a leer.

En el mundo de la palabra escrita no falta nadie. Así como están en todas partes los que son diestros, sagaces y amañados para editar toda clase de escritos, para hacer negocios con pequeñas editoriales o grandes editoriales que cubren mercados internacionales; los que manejan la producción y la distribución de papel bajo consignas políticas para periódicos, revistas y libros, ya sea dentro de un país o abarcando

continentes enteros; los que conocen y defienden el arte de hacer libros, los oficios de las artes gráficas, de la imprenta tradicional, la imprenta offset y el linotipo y de la noble tarea del encuadernador frente a las nuevas tecnologías de los libros digitales cuyos operarios nunca pudieron sentir la emoción de manejar una prensa Heidelberg o una Chandler, un componedor, un peinazo, etcétera; los que asisten con apariencias de intelectuales a las ferias y exposiciones nacionales e internacionales de libros buscando libros de éxito con exclusivos fines de lucro; están presentes los que venden libros nuevos, y entre ellos, los que saben de libros, los que se creen más importantes que los autores mismos, los que no saben nada de nada y nunca pueden encontrar un determinado título porque no saben buscarlo ni quieren aprender a realizar la búsqueda, los que reducen su sabiduría libresca al monitor de una computadora, y los que venden libros viejos, que en su mayoría ya no son los libreros de antes, los que amaban los libros y eran felices cuando entregaban a un buen cliente un buen libro; están los que han ganado fama y fortuna haciendo antologías, reuniendo textos que nunca podrán escribir ellos mismos, a las que añaden una introducción, una nota o un prólogo y logran que su nombre aparezca en la portada; los que hacen libros colectivos y los que coleccionan libros, los que poseen bibliotecas impresionantes y los que impresionan con sus bibliotecas; están los que derrochan ingenio y capacidad para manejar hábilmente los derechos de autor, para bien y para mal; los que impiden la libre divulgación del conocimiento en internet, bajo la coartada bien preparada de una supuesta defensa de derechos de escritores —autores que nunca ganaron un solo centavo— o poniendo en prisión con espíritu leguleyo a quienes suben escritos imprescindibles en la web sin ningún interés económico; también están los que tienen la responsabilidad de educar para la lectura, de mantener vivas las bibliotecas públicas y sus acervos, de inflamar el amor por los libros, de enseñar el respeto y la admiración del autor, y que no logran hacer nada de eso.

Pero la pregunta esencial es ésta: todo mundo puede escribir, pero ¿cómo se puede escribir bien? Me parece que fue Horacio Quiroga, escritor uruguayo, maestro del cuento hispanoamericano, quien dijo que algo estaba bien escrito cuando no se le podía agregar nada ni se le podía quitar nada. Si se añade, sale sobrando; si se quita, falta. Podemos adoptar esto como norma de trabajo. Pero conviene precisar que hay dos cosas que no pueden faltar: la corrección gramatical y la manifestación fidedigna de la cosa de que se habla. Ni una ni la otra pueden faltar cuando se escribe bien. La corrección es enteramente necesaria, pero no es suficiente. Se puede escribir correctamente sin decir propiamente nada. Se tiene que decir algo verdadero, poner en palabras verdaderamente el ser de eso de lo que estamos hablando, pensando y escribiendo. La vocación del

escritor mira las dos cosas. Los que piensan bien y escriben bien acompañan sus palabras con ambos elementos. Escriben correctamente y cargan de realidad sus palabras. Todo es cuestión de palabras.¹⁶

IV

El hombre es autor

Un escritor hecho y derecho tiene un *ethos* vocacional,¹⁷ que al mismo tiempo le obliga y le gratifica. El *ethos* vocacional es el fundamento moral de un oficio, un quehacer o una profesión. Esta forma de ser obliga al escritor a cumplir una tarea ontológica fundamental que pasa desapercibida para la mayoría y que consiste en *darle palabra a la cosa para que pueda aparecer como realidad efectiva*. Nada más y nada menos: hay realidad porque hay quien escribe de ella, quien la hace ser escribiendo de ella. Ésta es la responsabilidad profesional del escritor. Y cumple con ella con la misma devoción con la que el médico cumple con la suya. En la realidad pueden hallarse calles, edificios, automóviles y cruceros llenos de gente y mil cosas más, pero de modo esencial todo eso está ordinariamente en la palabra del que habla y extraordinariamente en la escritura de quien escribe. El escritor está facultado para —y obligado a— rescatar lo real del ámbito de la nada.

El escritor, de este modo, es autor de lo real, por ser escritor de un texto. Si ustedes lo exigen podemos decirlo de una manera más correcta: el escritor, al escribir un texto genuino, sea para contar cuentos o para explicar las cosas y lo que sucede, es coautor de la realidad. Por esta razón es original: escribe y piensa cosas que nadie ha dicho ni pensado como él, porque lo hace con sus propias palabras. Éstas son de todos cuando están en los diccionarios y los léxicos, pero son propias cuando nacen en el texto del escritor. No se repiten los autores porque no se repiten las vidas humanas. La peculiaridad en el estilo de ver las cosas se produce por la peculiaridad de lo vivido y experimentado por el autor. La propia historia individual y colectiva a la que se pertenece permite escribir y pensar como nadie más puede hacerlo. La escritura del escritor hace una obra única. Y porque lo escrito es así un producto irrepetible en la historia de la humanidad ha sido normal, y seguirá siéndolo siempre, que el nombre del autor acompañe en todo caso al título de la obra.

¹⁶ Puede consultarse mi escrito “La ciencia: un asunto de palabras”, *Contaduría y Administración*, Facultad de Contaduría y Administración, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 212, enero-marzo (2004), 5-24.

¹⁷ Este concepto fue examinado en mi ensayo “¿Qué es eso de ética profesional?”, *Contaduría y Administración*, Facultad de Contaduría y Administración, UNAM, 205, abril-junio (2002), 5-11.

En el nivel máximo de consideraciones de esta clase, el escrito cuyo título lleva nombre propio —Homero, Platón, Dante, Sor Juana Inés de la Cruz, Shakespeare, Rousseau, Kant, Hegel, Marx, Nietzsche— es *el que está ya en condiciones de ser de todos*, en todos los lugares y en todos los tiempos. Este poder del escrito para vencer la temporalidad es cosa que llama la atención, es cosa que guarda en secreto la historia de la humanidad. Las ideas que son útiles para la vida práctica son las de la técnica, y ahora de la tecnología, pero ellas no necesitan identificación personal porque no son obra de un autor sino de un grupo anónimo de trabajadores de una taller o un laboratorio de una escuela, una empresa o un gobierno, y además, aquí la identificación personal del autor queda sustituida por un precio, una patente, una matrícula, un registro, quedando en claro que los productos de la tecnología no se ofrecen gratuitamente a los usuarios, como los de la técnica de distintos oficios que los operarios van transmitiendo de generación a generación.

Los escritos, en cambio, son de todos aquí y ahora, *hic et nunc*; de todos en todas partes y siempre, a pesar de los obstáculos —muchas veces insuperables— que el lector encuentra cuando busca la obra del escritor: lucro de editores, casas editoriales y librerías, trampas del mercado del libro, piratería y otras inmoralidades. Tan absurdo como es que un futbolista valga millones de pesos hoy en día lo es que un autor gane el 10 por ciento del precio que aparece en la portada o contraportada de un libro que pudo haberle costado uno o veinte años de su vida.

Nuestro mundo actual intenta resolver todo mediante la ley, y ha hecho leyes para todo o para casi todo. Los derechos humanos, a pesar de todo lo bueno que puedan tener, parecen reducir —aparentemente sin darse cuenta— la dignidad humana, indiscutible, a una mera cuestión de argucias y artilugios. Los derechos de autor, que a primera vista representan un alivio económico y un apoyo a la seguridad de la obra, son defendidos ferozmente por quienes están implicados en el mundo editorial para proteger sus propias ganancias, no las del autor. ¿Podrá llegar un día en el que el alto aprecio de la cultura obligue a cuidar los escritos como tesoros intocables de la humanidad, sin mezquindad de ningún tipo? Las obras de Platón, por ejemplo, siguen produciendo dinero a quienes las editan por el puro afán de ganancia, sin que les importe un bledo el beneficio espiritual que proporciona la lectura de este gigante de la filosofía. El poder del poder, el afán de lucro y el poder del dinero a duras penas son manejables mediante los instrumentos de un estado de derecho, porque falta lo esencial, el ingrediente principal de la ley que es la moralidad. Sin moral el derecho puede ser injusto al convertirse únicamente en un medio de leguleyos o discutidores a favor del mejor postor. Se necesita la moralidad bien entendida, la que es algo más que códigos, normas, doctrinas y

consejos, principios y convicciones porque es educación, ética, humanismo, forma de ser, modo de vida.

Sin la moralidad o eticidad constitutiva del ser humano ni el internet ni nuevas tecnologías de la información van a repartir el saber escrito con un desinterés similar o idéntico al que caracteriza hoy y siempre el trabajo de sus autores. La existencia de obras desde la antigüedad hasta nuestros días prueba la presencia de este desinterés, y es evidente que éste no tiene nada que ver con las ganancias millonarias de los publicitariamente creados libros más vendidos (*best seller*).

El resultado alentador de la internet es el del acceso universal a los escritos que contienen el saber y la literatura de la humanidad; sin embargo, esta renovación vital de la cultura se ha oscurecido al mismo tiempo debido a un desalentador efecto que hasta ahora se ha colado furtivamente en la libre transmisión digital de los grandes escritos de la filosofía, la ciencia y la literatura. Ante los ojos de todos en este medio cultural extraordinario está presente una inmoral actitud de plagio o robo generalizado y cínico de las ideas de los autores verdaderos. Hay también, de modo igualmente lamentable, una falsificación y vulgarización del saber y la cultura llevada a cabo por delincuentes de la cultura que en un rol de increíble Robin Hood de ideas las roba y las entrega heroicamente a los ignorantes sin que éstos noten su descomposición producida por el hurto. Roban ideas para que todos, pobres, las tengan. Pero cantar una canción creyendo de veras que nosotros somos los autores de su letra y su música es un síntoma innegable de mala salud mental. Lo mismo pasa con las ideas que tenemos y creemos nuestras.

El *ethos* vocacional del autor impide que pueda cometer una doble inmoralidad. Por un lado, la de robar como vil y despreciable delincuente lo que más respeta y admira: las ideas buenas, las que vale la pena conseguir tras todo género de esfuerzo; y por el otro, la de realizar la felonía o deslealtad hacia el propio gremio de escritores y al *ethos* del oficio de escribir que se concreta en el engaño y la mentira al hacer pasar como propias ideas trabajadas y formuladas en cabeza ajena.

Al autor que en verdad lo es, le es imposible limitarse a repetir lo que ya ha sido dicho por otro sin destruirse a sí mismo como autor. El autor tiene necesidad de escribir sus propias ideas, y esto lo conforma como tal escritor. Por eso su palabra es nueva, original y auténtica, aunque integra reconociéndolo abierta o privadamente muchas ideas ya dichas y escritas por autores que ama. Y entre otras cosas los admira y los ama porque solamente en diálogo con ellos es posible su propia escritura. En las obras de creación literaria, como en las de pensamiento riguroso como la filosofía y la ciencia, el maestro se mantiene presente en la obra de discípulo con diferentes intensidades y maneras. Se les imita porque se quiere ser como ellos. Pero imitar no es copiar. Se imitan

formas, estilos, manera de ver o decir las cosas, la forma de organizar el escrito, las ideas centrales, etcétera. Pero dentro de la imitación debe haber originalidad, verosimilitud, veracidad. El escrito puede parecerse, ser semejante a otro. El escritor se esfuerza por hacer algo semejante y al mismo tiempo propio. Esta es una lucha, no una simple copia o robo.

El que no es escritor de veras y sólo afecta serlo tiene que recurrir al hurto de ideas y conceptos, copiar obras ajenas, y esto se nota pues falta en su prosa o su poesía la sencillez y naturalidad. Una ética del autor podría comenzar con un mandato esencial: aprende a amar las buenas ideas de los demás, y al mismo tiempo aprende a amar tus propias ideas como a ti mismo. El médico que falla en el respeto a la vida de su paciente falla vocacionalmente de un modo irreparable. El escritor que se traiciona a sí mismo y al gremio de los escritores plagiando lo escrito por otra persona también comete una falla del mismo tipo.

El plagio representa una enfermedad del oficio de escribir que en todo caso impide el nacimiento de un escritor de verdad. El sofista aniquila la vocación filosófica genuina del mismo modo que el plagio anula toda autenticidad en la escritura. Frente a lo que está mal moralmente hablando, al hombre común y corriente no le queda más recurso que el de formular un juicio moral negativo y el repudio. Copiar y presentar sin pudor como propio lo que ha sido producido por vocación, oficio y esfuerzo ajeno es una inmoralidad que debe ser repudiada por todos. Ahora los maestros ahora tenemos que agregar una tarea a nuestro quehacer cotidiano si no lo habíamos hecho ya: en el desarrollo normal de nuestro magisterio debemos enseñar el respeto y la admiración por las ideas ajenas, promoviendo al mismo tiempo con renovado entusiasmo el diálogo intenso y genuino con sus autores con el propósito fino y loable de aprender a pensar por cuenta propia.

V

El hombre es co-autor de lo real

La creación más radical es la producción de una realidad nueva. Bien o mejor el autor escribe y habla creadoramente. Con su voz y su escritura los autores son capaces de decir siempre cosas aún no comunicadas que enriquecen y transforman nuestro mundo —no a la Tierra— al hacerlo más comprensible, más amplio, más grande. *El escritor es el hombre que en su escritura pone el inmenso arsenal de palabras a disposición del ser.* Lo que en el escrito se logra depende del oficio de escribir, y la capacidad de poner lo real en la palabra. El escritor tiene que escribir bien para poner en su palabra fielmente lo que es la cosa de la que escribe. Lo que queda en juego es esa fidelidad del ser, de modo que ganar

concursos, conseguir premios o lucir en sociedad es algo muy secundario. Materia y espíritu son componentes de la escritura. La base material es necesaria (papiro, piedra, papel, pantalla...); el espíritu se mueve en, con, por las palabras. Sin textos no hay mundo. El texto atesora la realidad misma, no sólo términos y expresiones. Toda la realidad es la totalidad de realidades de varia naturaleza. Sin palabras no hay de qué hablar; sin voz sólo hay ruido, y sin escritura *verba volant*. Y tenemos que admitir que cuando a las palabras se las lleva el viento desaparecen enormes parcelas de realidad, y consecuentemente se empobrece nuestro ser y nuestro mundo.

En las palabras del texto de un autor *aparece* el mundo de modo semejante a ese por medio del cual en el papel fotográfico *aparecen* las imágenes del mundo real. (Dicho sea de paso, y como señal de alerta contra los engaños de la tecnología actual: no es fotógrafo el que tiene una cámara o un teléfono móvil y saca fotos todo el día; no es pintor el que tiene pinceles reales o virtuales y lienzos o paredes a su disposición y se pone a pintar a diestra y siniestra; no es escritor el que tiene una máquina de escribir o un procesador de texto y escribe hábil y rápidamente una palabra tras otra). Si el hábito no hace al monje, tampoco el misal que lleva determina en gran medida lo que es.

Esto está claro: forman un mismo equipo creador el escritor, el fotógrafo, el pintor, el escultor y el músico. El escritor es anfitrión de lo real;¹⁸ el pintor presta sus ojos para que cosas, paisajes y gentes aparezcan en sus dibujos y sus pinturas; el músico presta sus oídos para que los sonidos de lo real puedan sonar y les pone casa mediante las partituras; el escultor y el arquitecto prestan formas y volúmenes a lo real. Sin este equipo, y algún otro colaborador que en este momento se me esté escapando, no hay nada, no aparece nada. Sé que cuesta trabajo entenderlo, por las pocas veces que nos ponemos a pensar en esto. Piénsenlo ustedes de este modo: el mundo de la percepción que generosamente tantas cosas nos ofrece, es insuficiente sin la palabra, pues le falta espacio y tiempo para alojar y recrear realidades. El mundo que es verdaderamente mundo —el mundo humano— se capta mediante el acto mágico, sí, de veras mágico de la captura y aprisionamiento de fluido de la realidad. Sólo el papel de la escritura, la foto, el pautado, la pintura acogen mágicamente lo real para otorgarle generosamente casa, suelo, piso, base, hogar.

Si no estoy desencaminado, nuestro encuentro del día de hoy no pretende crear la ilusión de que es fácil atrapar ideas y convertirlas en un libro, sino contagiar amor, admiración y respeto a quien escribe y a lo que escribe, advirtiendo que *la escritura es cosa seria*. Y es cosa seria porque la palabra, según Heidegger, es la casa del ser. Así lo dice él

¹⁸ Y a menudo colaboran con él el traductor y el intérprete.

en su *Carta sobre el humanismo*.¹⁹ Según este filósofo escribir es cosa tan seria que no cualquiera puede escribir en verdad y con verdad, sólo el poeta y el pensador. De esta manera lo ha dicho el filósofo de la Schwarzbald, de la Selva Negra del suroeste montañoso y boscoso de Alemania (sólo ahí, en este lugar, hace muchos años, el frío de menos 20 grados nos quitó las ganas de hablar a los que viajábamos juntos para visitar la casa del pensador).

Escribir es cosa seria. Eduardo Nicol nos lo ha dicho de otro modo en su libro sobre poesía y filosofía (*Formas de hablar sublimes: poesía y filosofía*²⁰). Es cosa seria porque si podemos rebasar el sentido de la palabra práctica, si vamos un poco más allá de la palabra que busca resultados inmediatos, tan interesada y por lo mismo tan pobre, aunque por otro lado tan efectiva en nuestra vida cotidiana, en la que se nos van las horas y los días, los meses y los años de nuestra existencia, sólo entonces, dice Nicol, podemos descubrir el cauce de otra forma de la palabra, la desinteresada, la que es enteramente útil para el espíritu precisamente *porque no sirve para nada*, y porque en su inutilidad constitutiva nos permite ser, a nosotros mismos y al mundo, por medio de dos formas de hablar sublimes: la de la poesía y la de la filosofía.

Pensamos que es sublime la literatura porque con el arte de la palabra y el talento del escritor, nos vemos como en un espejo limpio y claro aunque nos cuente sólo cuentos. Es sublime la filosofía porque con el arte de pensar metódico y el talento del pensador podemos aspirar a entender y crear nuestra propia forma de ser. Se trata de formas sublimes de hablar, porque hablar y pensar son los atributos más nuestros, si aceptamos con humildad que no están a nuestro servicio, si podemos tener en claro que no somos sus dueños. Si nos sometemos de buena gana a su propia naturaleza podemos, a veces, hablar bien, pensar bien: tomar por unos momentos las riendas de las palabras y los pensamientos para dar paso a la realidad, y sobre todo, a nuestra realidad.

El que se comunica con palabras escritas elaborando libros, manuales, novelas, cuentos, ensayos, artículos en revistas o periódicos, es un escritor. Pero un verdadero escritor hace eso y algo más: *es quien mediante el oficio de escribir es capaz de convocar a la realidad para que en su escritura se presente tal como es, para que ahí pueda encontrarla el lector que la busca*. La responsabilidad del escritor es la de hablar con la mayor dosis de verdad posible para que eso suceda. Ser veraz es el rasgo esencial de quien escribe. Veraz al decir lo que las cosas son, veraz al contar cuentos que a pesar de serlo hablan de nosotros mismos. Éste es un compromiso moral. ¿Hay otro compromiso moral del escritor? La conciencia moral del escritor funciona como la del cualquier hombre. Le reprocha lo que

¹⁹ Cf. M. Heidegger, *Carta sobre el humanismo* (Über den Humanismus, 1946), trad. de Helena Cortés y A. Leite: Madrid: Alianza Editorial, 2000.

²⁰ Cf. E. Nicol, *Formas de hablar sublimes: poesía y filosofía*, ed. cit.

hace mal, le aplaude lo que hace bien. El autor, como escritor, tiene que tomar decisiones peculiares. Al escribir tiene que elegir, porque se le presentan opciones. Escoge temas, ideas, conceptos, razones, etcétera, y además, selecciona palabras, y duda y se agobia al ganar una posibilidad y perder otras al seleccionar cada una de sus palabras, sus expresiones, sus énfasis y sus indiferencias.

VI

El hombre lee

Pero hay más. Como el hombre es el ser de las palabras éstas le hacen bien y le pueden hacer mal. Platón deja muy en claro en su diálogo titulado *Protágoras* el peligro de llevarse las palabras de los demás en nuestra propia alma, sin poder examinar previamente si son buenas o malas.²¹ Tenemos que cuidarnos de las palabras, pero no podemos vivir sin ellas. Ya se nos aconsejó desde tiempos remotos que no dejáramos que nuestras palabras corran más rápido que nuestro pensamiento. Por su parte, el escritor tiene que cuidar lo que dice en su escritura.

El escritor debe ser consciente de que a los hombres nos pasan cosas con las palabras. Quien escribe ha de asumir responsablemente que lo que dice es leído por otros, creído por alguien, a veces adoptado como la verdad misma, valorado y sopesado, utilizado para bien o para mal, alabado o censurado. Nosotros ciertamente somos el ser de la palabra, y por eso somos el único ser responsable en el universo. La responsabilidad de tomar la palabra para hablar o para escribir tiene tal vez la misma importancia. Frente al texto escrito el lector parece tener mayor seguridad: puede pedir ayuda a alguien (más docto, más leído, más estudiado) para saber si lo que dice el escrito es cierto o no, si se vale decir eso, si el autor tiene razón, etcétera. Ahora bien: tanto en un caso como el otro en la misma marcha del discurso se puede corregir, suavizar, cambiar de opinión, precisar, puntualizar, evitar malentendidos. Pero ¿por qué razón cuándo tratamos de corregir un malentendido es casi seguro que vamos a ocasionar otro? No hay forma de estar completamente seguros de que hablamos bien, de que escribimos bien, de que no hacemos daño con nuestras palabras. Decir lo que uno quiere decir, y hasta decir lo que uno no quería decir —como nos lo ha explicado Freud²²— acarrea necesariamente consecuencias. En cierto modo, entonces, hablar y escribir implica cierta dosis de

²¹ Cf. Platón, *Protágoras, o los sofistas*, trad. de F. de P. Samaranch, en *Obras completas*, Aguilar: Madrid, pp. 153 y ss.

²² Cf. S. Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana* (Zur Psychopathologie des Alltagslebens, 1901), en *Obras completas*, trad. de J. L. Etcheverry, Buenos aires: Amorrortu, 1960, vol. VI.

valentía, y aristotélicamente —pienso en el término medio— no vale la pena oír o leer al cobarde ni al temerario.

Oyentes y lectores, hablantes y escritores somos menesterosos. El que habla necesita a alguien que lo escuche, el que escribe necesita un lector. Nos necesitamos mutuamente, y por esta razón, entre otras cosas, no nos gusta quedarnos solos. La escritura anhela un lector, el lector necesita un escrito. Entre los que hablamos y los que escuchamos, los que escribimos y los que leemos hay tejidos de vínculos morales. Unos y otros somos como el pez y el agua de la pecera. Aquí la pecera se llama mundo, y en él podemos vivir bien o mal, actuando bien o mal, haciendo bien o haciendo daño, según que hayamos oído unas palabras o leído unos escritos cuyas ideas hayamos logrado hacer nuestras sin necesidad de copiarlas groseramente.

¿Qué tanto necesita libros el ser humano? El que no lee libros está condenado a vivir una vida humanamente pobre, casi sin libertad, escasamente libre. Es cierto que la historia es la hazaña de la libertad, como dijo Benedetto Croce²³, pero en las letras de los libros se cuenta esa gesta y desde ellas, sin más mediación, se integran a nuestro ser los actos de la libertad y el carácter de seres humanos. Uno de los grandes descubrimientos del pueblo griego de la Antigüedad consistió en notar que *el ser del hombre* se puede transformar mediante la educación (*paideia*);²⁴ no llenándole la cabeza con ideas y dotándolo de habilidades, sino dándole una forma humana, humanizándolo. Los romanos llaman *humanitas* a la *paideia* griega,²⁵ y Sócrates nos enseñó que la hombría se aprende.²⁶

Lo que aprende de la vida humana en el seno materno y la escuela es desafortunadamente muy poco; y además, se centra en el presente, nada del pasado; y nada del futuro, que no sea lo relativo a la obtención pronta de un trabajo o la elección de un área de estudios que permita conseguir el mejor empleo posible en términos de sueldo y prestaciones. Se ha repetido hasta el cansancio que si se desconoce la historia se cometen los mismos errores. Pero lo peor consiste en desconocer la herencia histórica que nos ha otorgado el pasado y en ser incapaces de pensar el mundo que vamos a dejar a los hombres del porvenir. La historia y la prospectiva no son ciencia, pero pueden ser sapiencia necesaria como el pan de cada día.

²³ Cf. Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

²⁴ Cf. Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega* (*Paideia. Die Formung des griechischen Menschen*, 1933), trad. de Joaquín Xirau y Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, primera edición en un volumen.

²⁵ Cf. Martin Heidegger, *Carta sobre el humanismo*, ed. cit.

²⁶ Eduardo Nicol, "Sócrates: que la hombría se aprende", en E. Nicol, *Las ideas y los días*, comp. de A. Aguirre, México: Afinita, 2007.

Lo que “completa” nuestra educación son ahora los medios masivos de comunicación —prensa, radio y televisión— e invitados recientes: el cine y la web (internet), que se concentran de nuevo en la actualidad y pocas veces en lo que ha sucedido tiempos atrás. De nuevo: comunicación puesta bajo la mirada de los intereses económicos y políticos de la época, a través de la manipulación de la mercadotecnia. Y esta situación empeora con el positivismo comteano que trajimos de Francia, que circula por nuestras neuronas sin que seamos conscientes de ello y que nos hace ingenuamente creer que la verdad es cosa del presente. ¿Qué tipo de hombre puede formarse de ese modo? ¿Únicamente el ser humano que hoy ha reducido su extraordinaria existencia de múltiples dimensiones a la tarea bien pobre de tener qué comer y disponer de mercancías de toda clase? ¿Qué puede *ser* el hombre de nuestros días si solamente lee un libro o dos publicados este año o el año anterior?

¿Quién es el hombre de hoy? Todos lo sabemos quién es, y lo vemos todo el día y parte de la noche, de prisa, o inseguro, como quien no tiene a donde ir, con pasos cansados, con rostro inexpresivo, angustiado o deprimido, o entretenido en cosas baladíes, espontáneamente dispuesto a adoptar un gesto duro, enojado y fastidiado y a menudo propenso a una risa simplona, vacía, sin gota de alegría genuina, obligado a vivir algo parecido a la felicidad exclusivamente dentro de las grandes tiendas imaginando que un día podrá comprar esto y lo otro, bajo cualquier pretexto triste, en el fondo muy solo, con muy poca esperanza de que el nuevo día traiga un mundo mejor.

A ser hombre se aprende por medio de infinidad de ideas y experiencias que toman cuerpo en la lectura de los libros que en la historia del hombre han ido apareciendo y forman el verdadero patrimonio de la humanidad. Y si este tesoro está en los libros, ¿quién tiene la responsabilidad de advertirlo, divulgarlo, comunicarlo, difundirlo, estudiarlo y enseñarlo a niños, jóvenes y adultos? Alguien tienen que saberlo; alguien debe descubrirlo. Nada más desconsolador que entrar a un hogar donde no hay un librero, por modesto que sea, sin que falte un televisor, barato o caro es lo de menos.

Hace sesenta y dos años se publicó una novela del estadounidense Ray Bradbury titulada *Fahrenheit 451*. Si Bradbury hubiera sido un escritor hispanoamericano no se hubiera llamado así y a su escrito lo habría titulado *232.8 grados centígrados*: la temperatura a la que el papel comienza a arder sin que nadie le acerque un cerillo encendido. Lo que cuenta este autor nacido en 1920 y fallecido apenas hace tres años, en 2012, es una historia muy sencilla: las vicisitudes de un bombero llamado Guy Montag cuya tarea cotidiana consiste en quemar libros por orden del gobierno, que ha decidido evitar que la gente lea y pierda su felicidad por causa de la angustia que provoca la lectura. Una mujer llamada Clarisse, a quien señalan como loca porque le gusta pensar, conoce al incendiario que destruye libros mediante un lanzallamas y trastorna su

existencia de tal modo que empieza a dudar de su manera de vivir y comienza a quedarse con libros que salva de cada quemazón y guarda en su casa. Cuando una orden de incendio le conduce a su propio hogar debido a que su propia esposa lo ha denunciado, asesina a su jefe y logra huir para unirse a los hombres-libros cuya misión es leer y memorizar libros para transmitirlos verbalmente.

Ray Bradbury tenía siete años cuando la BBC de Londres realizó las primeras emisiones públicas de televisión en 1927; tenía trece cuando Hitler mandó quemar miles de libros en la Alemania nazi, cincuenta y nueve cuando publicó *Fahrenheit 451* en 1953, y setenta y uno cuando en 1991 la web debuta como un servicio públicamente disponible en internet. En su *Historia de la filosofía* Arturo Schopenhauer nos comunicó que la escritura es la única conservadora fiel de las ideas. Pero sin necesidad de cambiar nuestro librero por un aparato de televisión, poner el contenido de los libros en nuestra memoria o “subirlos” a la web para luego “bajarlos”, la fuerza espiritual de la que es vehículo ideal cada libro auténtico nos habita al leerlo y después de haberlo leído.

En la historia del siglo XX nadie puede olvidar el acto de barbarie de los soldados nazis que hicieron una fogata enorme con los libros de socialistas, comunistas, judíos y pacifistas en la Bebelplatz de Berlín el 10 de mayo de 1933. La creación literaria de Bradbury, de 1953, queda situada antes, en medio y después de la realidad; por ejemplo, de la quema de libros del golpe de Estado en el Chile de 1973 y la quema de libros del golpe de Estado en la Argentina de 1976. La destrucción de bibliotecas, las hogueras de libros, las censuras y las autorizaciones eclesiásticas para la publicación de libros y los índices de libros prohibidos pueden significar, sin duda, gran cantidad de cosas, pero en particular revelan una increíble mutilación del ser del hombre —por difícil que parezca comprender este hecho. También cuesta trabajo entender que somos el ser de la palabra para poder contar lo que somos y lo que nos pasa.